

Compañeras y compañeros:

Bienvenidos al acto más importante que celebra cada año la clase trabajadora en todo el mundo.

La fiesta del trabajo, ese concepto que el neoliberalismo está destrozando y que nos vemos obligados a reivindicar 17 años después de haber entrado en el siglo XXI.

El día del internacionalismo, de la solidaridad, de la fraternidad obrera, elementos sobre los que se organizó el movimiento sindical y que hoy cobran especial relevancia:

Frente a la pobreza y la explotación de millones de seres humanos, obligados a emigrar para sobrevivir, fallecidos muchos de ellos en el intento, víctimas de las mafias y de la insensibilidad de los gobiernos europeos.

Frente a las guerras y a la escalada armamentista a la que se han lanzado los dirigentes de EEUU, Rusia y Corea del Norte.

Frente a populismos de baja estofa, que convierten al diferente, a las minorías, a los pobres de origen extranjero en el blanco sobre el que descargar la frustración social generada por el capitalismo.

Frente a los nacionalismos egoístas e insolidarios.

Hoy, 1 de mayo de 2017, es el día de recordar que la clase trabajadora solo tiene una bandera:

La bandera de la dignidad humana.

La bandera de la paz y la solidaridad entre los pueblos.

La bandera de la libertad y de la justicia.

La bandera que en aquella Pamplona de 1902, hace 115 años, presidió la primera manifestación legal del 1 de mayo, autorizada por el Gobernador Civil, a petición de una comisión de miembros de la UGT, integrada por Azpíroz, Angulo, Espinosa y Úriz.

Una manifestación para reivindicar condiciones de vida saludables, la prohibición del trabajo a los menores de 14 años, la supresión del trabajo nocturno, medidas de higiene y seguridad y la jornada laboral de 8 horas para los obreros municipales.

¿Cómo es posible que 115 años después, algunas de estas reivindicaciones vuelvan a estar vigentes?

¿Cómo es posible que en el año 2017 tengamos que denunciar jornadas de 10 y 11 horas diarias en empresas que están trabajando en las obras del recrecimiento del pantano de Yesa?

Porque eso es lo que está ocurriendo en la Navarra de hoy y en una obra pública.

Que algunas empresas están obligando a sus trabajadores a meter 2 y 3 horas diarias si quieren cobrar el salario establecido en el convenio colectivo de la construcción.

¿Qué otro nombre se puede dar a estas prácticas que no sea el de explotación salvaje?

Lo mismo que está ocurriendo con esas llamadas empresas multiservicios, creadas al calor de la reforma laboral para pasarse por el arco de triunfo los convenios colectivos, despojar de todo derecho al trabajador y tratarle como mera mercancía.

Hemos retrocedido tanto, que algunas reivindicaciones obreras de hace 115 años vuelven a estar desgraciadamente muy vigentes.

Y entre tanto, nuestros diputados y diputadas no encuentran tiempo para derogar de una vez por todas las reformas laborales que nos están transportando al pasado más tenebroso.

¿Hasta cuándo vamos a tener que esperar para que se repongan los derechos laborales que nos arrebató la derecha política, con la excusa de la crisis?

La derogación de la reforma laboral y la restauración de los derechos de los trabajadores no admiten excusas.

Hoy, hablar de empleo estable a los jóvenes que se están incorporando al mundo del trabajo es una quimera.

Hoy, el término mileurista, que antes de la crisis era sinónimo de degradación salarial, se ha convertido en casi una aspiración utópica en muchísimos sectores.

Hoy, todavía quedan por recuperar en Navarra 20.000 puestos de trabajo de los 50.000 destruidos por la crisis y las reformas laborales.

Y la mayor parte de los recuperados en los tres últimos años, difícilmente pueden denominarse empleos, porque no son otra cosa que basura laboral.

Hoy, en Navarra tenemos 52.500 personas con contratos temporales.

Y tenemos 49.500 con contratos a tiempo parcial, la inmensa mayoría mujeres.

Hoy, más de la mitad de los 40.000 parados y paradas no tienen cobertura por desempleo.

Hoy, si el hombre está explotado en nuestro mercado laboral, la mujer lo está todavía más.

La desigualdad de la mujer, a todos los niveles, también en salarios, sigue siendo escandalosa.

Y a esta desigualdad hay que unir la violencia contra la mujer, ya que no hay semana que no registre la agresión o el asesinato de una mujer a manos de un hombre.

Tampoco para combatir esta lacra puede haber excusas.

Hoy, nuestros índices de siniestralidad laboral se están incrementando de forma alarmante. Sólo en el primer trimestre de este año, los accidentes laborales han aumentado un 14% respecto al mismo periodo del año pasado.

Con los últimos datos oficiales, Navarra cuenta con 62.000 personas en situación de pobreza severa.

Hoy, más de 13.000 navarros admiten que no pueden pagar los medicamentos y han dejado de tomarlos.

Y el pasado mes de enero, la mayoría de nuestros pensionistas, convertidos en la reserva material de occidente, ya que durante la crisis y aún hoy están ejerciendo de auténtico Estado asistencial para miles de familias, recibieron cartas de la flamante ministra Báñez, anunciándoles que sus pensiones iban a subir entre 1 y 3 euros al mes.

Valían más el papel, el sobre y el sello de la carta.

Así que tenemos abundantes problemas por los que echarnos a la calle.

Y para ganar la batalla del empleo estable, de los incrementos salariales necesarios, de la mejora de la protección social y de los servicios públicos, de las pensiones dignas y suficientes, de la lucha contra la pobreza, necesitamos claridad de ideas y fuerza.

Y esto nos exige anteponer los intereses de clase sobre cualquier otro y aunar esfuerzos.

Nos exige unidad sindical y exige la unidad de las fuerzas políticas progresistas y de izquierda en torno a estos objetivos, para salir de la situación de emergencia social en la que nos encontramos.

Y para acabar con la corrupción, que lo está enfangando todo, y que es el mejor caldo de cultivo del populismo y del fascismo.

Por eso apelo a aquellos obreros conscientes de 1902 y de 1931, que tenían muy claras las prioridades. Y sus representantes políticos en los ayuntamientos y en las Cortes, también.

Aquella izquierda tenía claro que las reivindicaciones sociales y de clase eran lo fundamental.

Tenía claro que entrar a los trapos identitarios era un error, que solo la unidad de los trabajadores, por encima de banderas y fronteras, posibilitaba avanzar.

Por eso, frente a populismos y nacionalismos, frente a actitudes racistas y xenófobas, frente a reivindicaciones tribales e identitarias, hacemos nuestros los ideales por los que dieron su vida aquellos fundadores del movimiento obrero navarro.

Vaya para todos ellos y ellas nuestro reconocimiento y nuestro agradecimiento más profundo.

Porque nos marcaron una ruta que jamás debemos abandonar: la que conduce a una sociedad más humana, más libre, más justa, más solidaria y más igualitaria.

VIVA EL PRIMERO DE MAYO

VIVA LA CLASE TRABAJADORA